

Jorge Enrique Adoum

Carta para Alejandra

Alejandra: si no estoy, un día
tu madre, algún amigo de hoy
que sobreviva, han de contarte
estos dolores que estuvieron
destinados a nosotros.

Te dirán:

"Entonces hubo que sufrir, hubo
que morir para vivir en paz".

Pequeña ciudadana de una república
futura sin luto y sin destrozo,
pequeña camarada: estoy seguro
de que no sabrás cómo fue, en dónde,
y no podrás comprender ni comprenderlos.

Por eso escribo ahora, en esta
lluviosa noche de 1951, pensando
en tantos nombres castigados,
en tantos sufrimientos padecidos
para que tú no llegues a sufrir.

Te dejo esta página, escrita
sobre el alma y destinada a cuando
hayan crecido tus manos sobre tu alma;
esta carta, guardada en mi cajón
izquierdo, junto a un libro subrayado,
a un pañuelo donde cayó una sangre
que conozco, y junto a estas cosas
diminutas que reúno para ti.

Si te digo o te dicen: "Nos mataron,
nos persiguieron porque no queríamos
ni matar ni morir", créeme, créeles,
porque esta voz tiene un sonido
de auténticos metales, como una
enterrada campana. Aquí -óyeme bien,
tierna ligazón de mi vida
a lo terrestre- aquí fuimos
desterrados, obligados a buscar
de puerta en puerta sueño y compañía;
fuimos cercados de miseria, echados
del sitio donde estábamos; fuimos
golpeados, nos llenaron de ácidos
cordeles y muros de inscripciones repetidas.

Ni mi madre sabía por qué los otros
me buscaban con un perro por amarte.

Ni tú, creciendo a cada paso y a cada
sorbo de tu sol, ni tus tiernos
compañeros, María Soledad, Santiago,

Antonio José Carlos, podían comprender.
Cuando leas estas palabras simples
como la noche, cuando toques los aposentos
de la tierra donde habitan mis parientes
verdaderos, cuando bajo estas letras
halles mi único testamento y la única
herencia que he podido dejarte, tú
y todos sabrán que defendía para ti
mi patria amenazada por ejércitos,
que para ti dejaba en su lugar
las cosas necesarias: el mar que conocieron
hace meses tus yemas, el árbol
que te gusta, la tierra donde
tú y yo hemos nacido, el hombre
y la mujer que te sonríen.

Pensaba

que no era hora de ambicionar lo que
te pertenece sino, simplemente, que debía
conservar lo que tenemos: tus dos
años, este momento para escribir,
tu pequeña cucharada de arroz,
las rodillas para tu juego
y la pelota y los sonidos que te llaman.
Eso definiendo ahora contra los miserables
que a ti te estaban atacando, a ti
recién amanecida, augurio de un país
en el que tus ojos no tendrán asco
ni llanto. Para ti, para ustedes,
guardamos la estatura de la patria
y del pueblo: para que todos tengan
su escuela intacta, tu cuaderno,
el tintero y las agujas; para que nunca
deban visitarse en cementerios matemáticamente
construidos por cálculo y planillas; para
que puedas reír, mi eco, porque ésa
es tu misión. (Mi pueblo, mi pobre
pueblo entristecido por piratas, cuando
ríe, de pronto se demuda, se inquieta
y se pregunta: ¿Qué me irá a suceder?)
Para eso estamos juntos, para eso
nos negamos a morir; y porque en todos
los caminos nos cobran un impuesto
estoy pagando por tu ancha sonrisa
sin temor al suceso, por tu larga
vida sin muertes circundándote.
Te dejo escritas estas cosas
que no habría querido que supieras
y que no debieron haber sido. Otro
día te hablaré de palomas
de papel, de chinos pequeñitos,

de transparentes animales mínimos. Ahora
yo solamente certifico que es verdad
tanta tortura: juro que odiaron
al humilde por su poder de amar, juro
que asesinaron al que nos resguardaba,
juro que el jardín y la siesta y el minuto
necesario para besar tu frente mansa
nos costaron más que el pan, más
que tus sábanas, más aún
que ayudarte a crecer.

El día
en que abras esta carta, bajo la tierra
amada y defendida, en cualquier
lugar en donde toques patria humana,
hallarás familia aunque no estemos,
viva en virtud de estos cadáveres,
sin más destino que la paz, nacida
de esta cólera de que te hablo.

Y entonces, si algún mercader que llega
con retraso, si algún traidor oscuro
te habla de nosotros, si te dice: "Le pagaron
para escribir, recibía oro para sabotear,
era un cobarde, no quiso combatir", tú sabes,
sábelo desde esta noche que termina:
hemos sido hombres por encima de todo,
fuimos hermanos de nuestros hermanos
que nacieron más allá del límite
del odio, y triunfamos sobre cada palabra,
cada fósforo de amenaza, cada generosa
donación de puñales, y sobre el ruido
de la pólvora y el de la sangrienta
urgencia: todo para que un día
ya no te asusten los últimos soldados!